OFICINAS E IMPRENTA
Don Juan de Austria, 16
Teléfono 741
Número suelto 10 céntimos

EL PUEBLO

DIARIO REPUBLICANO DE VALENCIA

Anuncios y comunicados
A PRECIOS CONVENCIONALES
No se devuelven los originales aunque sí se inserten.
Número suelto 10 céntimos

Año XXXV | Martes 9 de Agosto de 1927 | Fundador: V. Blasco Ibáñez | Director: FELIX AZZATI | Núm. 12.305

El Dr. E. Herrero Otorinolaringólogo, a su regreso de su excursión científica por los hospitales de Burdeos y París, vuelve a encargarse de su consulta, calle de la Paz, 32. De once a una.

PARA «EL PUEBLO»

Homicidio, suicidio y eutanasia

El derecho a la vida y el derecho a la muerte

La condenación del suicidio procede del sentimiento de dependencia del hombre. El apego a la vida conduciría a considerar al suicida como a un loco, como a un ser que realiza un acto absurdo y antinatural. Mas la reprobación moral responde a motivos más remotos y sutiles, es de origen trascendental, tiene su metafísica religiosa o política. Encierra un concepto de la vida como servicio y obligación. Supone que la vida es un don de la divinidad que no puede rechazarse, una prueba de purificación. O bien el Estado, considerando al individuo como su propiedad, reprueba esta deserción contra lo cual son impotentes sus castigos. La infamia, la privación de entierro decoroso, la confiscación de bienes, represalias póstumas, no pueden detener al hombre capaz de renunciar a la vida.

Desde un punto de vista utilitarivo y positivo, el suicidio debiera inquietar mucho menos a las sociedades. El instinto de conservación basta para que sean raros los dimisionarios de la vida. Hasta cuando se producen las llamadas epidemias de suicidios, el índice demográfico que arrojan es insignificante. No ya los grandes morbos, sino las enfermedades menores, las costumbres antihigiénicas, las malas condiciones del trabajo y de la vida, producen bajas incomparablemente mayores en la población que los suicidios. Una proporción considerable de suicidas está compuesta de anormales que, de seguir viviendo, serían perjudiciales o inútiles.

Lo que alarma en el suicidio es el atentado a la sumisión social o religiosa, el ademán audaz de rebeldía del hombre que dispone de su vida como de una propiedad suya. El orden social, basado en la obediencia, siente vacilar su máquina ante aquel hecho insólito que escapa a sus medidas.

Los suicidios de clase, por decirlo así, que se repiten en un círculo social determinado, son síntomas y avisos de malestar. Cuando hay muchos suicidios de estudiantes, suelen obedecer a un «surmenage» excesivo, a trabajos agotadores para la capacidad media. Los suicidios frecuentes en los cuarteles o en las fábricas, acusan un régimen demasiado brutal. La máquina humana ha llegado al límite de la resistencia. Fuera de estas causas accidentales, quedan los suicidios típicos: los suicidios de naufragio; suicidios por amor, por honor, por enfermedad dolorosa ó incurable, casos en que lo que daba valor a la vida en la mente del sujeto, sucumbe y arrastra consigo a la vida misma, o en que la existencia se convierte en un suplicio superior a las fuerzas del individuo.

*

La condenación del suicidio influye mucho en la actitud respecto a la eutanasia y al homicidio por compasión, asunto de una de las conferencias dadas en la Universidad de Montevideo por el señor Jiménez de Asúa. El catedrático de Derecho Penal de la Central, hace un luminoso y erudito compendio de la historia de las doctrinas, de las iniciativas legislativas y de los casos prácticos que más han llamado la atención recientemente

Es natural que en una monografía de esta clase, escrita por un profesor de Derecho, a la exposición acompañe la crítica. Se trata de cuestiones de Derecho constituyente y de Jurisprudencia. En la crítica del profesor Jiménez de Asúa, muy meditada y prudente, lo que sobresale a mi ver es la distinción entre el homicidio caritativo y la eutanasia, como procedimiento reglado para autorizar jurídicamente la muerte sin dolor de los enfermos incurables, aquejados de padecimientos insufribles y aun para hacerla extensiva, por vía de medida eliminadora, a individuos cuya existencia carece de valor vital, como dementes o idiotas incurables.

El homicidio caritativo, homicidio-suicidio según la expresión de Ferri, pone al tribunal ante un hecho consumado. Es el caso del que a ruegos de un enfermo incurable, aquejado de atroces sufrimientos, le da muerte por compasión. Un caso típico reciente, comentado y divulgado por la Prensa universal fué el de la joven actriz polaca Stanislawa Uminska, que, solicitada por su amante Juan Zinowsky, enfermo de cáncer y tuberculosis y sin fuerzas para darse muerte, le mató, después de resistirse algún tiempo a las súplicas del enfermo y fué absuelta por el Jurado del Sena. Demostrada la pureza del motivo y la voluntad de morir del paciente, un tribunal que juzque humanamente, en conciencia, no podrá considerar como crimen un acto semejante.

*

Sin embargo, Jiménez de Asúa no es partidario de que se defina legalmente la incuspabilidad del homicidio-suicidio. Prefiere dejarlo al llamado arbitrio judicial, que yo llamaría interpretación de conciencia para alejar la idea de arbitrariedad, de determinación absolutamente potestativa del juez. Externamente será potestativa, pero debe obedecer a motivos de conciencia. Esta solución, a mi ver, presuponen el funcionamiento del Jurado, institución casi universal, como órgano de la conciencia jurídica actual. La magistratura profesional es con frecuencia demasiado tímida ante la letra de la ley y la tradición jurídica escrita.

Allí donde haya un amplio espíritu y una tradición de jurisprudencia libre, la definición legal del homicidio-suicidio como causa de justificación, causa excusante o excusa absolutoria, sería innecesaria. Sin embargo, a mi parecer, un acto de aquella naturaleza no sólo no es inmoral, sino que no es antijurídico. El derecho a morir no puede rechazarse en absoluto, aunque tenga limitaciones de conciencia, como todos los derechos. Mas la repugnancia tradicional al suicidio, el miedo a proclamar el derecho a la muerte es hoy todavía un obstáculo de opinión para la declaración legal de la eximente.

El señor Jiménez de Asúa no vacila en rechazar la eutanasia reglamentada. «Rechazo de plano—dice—repugnado y entristecido, la organización con todo el aparato de legalidad, del exterminio de las personas aquejadas de incurables males o de demencia irremediable.» Su erudita exposición indica no obstante el camino que han hecho estas ideas. No están en el período inicial de una proposición abstracta. Se ha estudiado el procedimiento judicial que debería seguirse (en general, demanda del enfermo, peritaje médico y autorización judicial), se ha propuesto la creación de institutos de eutanasia dedicados a este efecto y hasta el medio de dar la muerte dulce (según Binet Sanglé, el protóxido de ázoe, precedido de una inyección de morfina). Juristas y médicos como los alemanes Elster y Binding, el francés Binet Sanglé, el italiano Grispigni, entre otros autores, han examinado detenidamente los varios aspectos de la cuestión

En principio no soy opuesto a la eutanasia. No hay que confundir el respeto a la vida humana con la superstición de la vida humana. Desde el punto de vista natural, el poner fin a vidas atormentadas e inútiles (respetando siempre la voluntad del sujeto, su derecho a la vida) no es un acto impío, sino piadoso, pero confieso que el establecimiento de esta novedad jurídica exige un nivel elevado de conciencia moral y científica, una gran prudencia y hasta proceder por vía de ensayo. Debe recordarse para no exagerar la alarma ni el escrúpulo, que una aproximación de la eutanasia se ha venido practicando constantemente de un modo empírico y ejecutivo en las guerras. La costumbre de despeñar al herido moribundo para que no padezca y aun de rematar a los heridos expuestos a caer en manos de un enemigo bárbaro, capaz de atormentarlos, es una forma instintiva y rudimentaria de eutanasia.

ANDRENIO

(Prohibida la reproducción.)

PARA «EL PUEBLO»

En un lugar leonés

TEMAS DE VACACIÓN

Estoy pasando estos días el mes de Agosto en un pueblecito o lugar de las montañas de León, que apenas tiene relación alguna con el mundo exterior que le rodea. Este lugarcete, a muy cerca de dos mil metros sobre el nivel del mar, está suspendido sobre los montes y encima de las nubes y separado de las aldeas circunvecinas por un atajo de hoz que le hace casi de todo punto inaccesible para los que no tengan la agilidad de las cabras o de los rebecos. Rara vez deja ver sus rayos el padre Sol por estas latitudes; lo frecuente es ver envuelto al pueblecillo en una densa y tupida niebla azul, que se trueca en gris y parda durante el anochecer. Y el silencio se rompe a todas horas por el tintineo de las esquilas de las vacas que van a los campos o regresan de ellos y por el tañido de la campana de la iglesia, que recuerda a todas horas a los vecinos sus deberes para con el Concejo y la comunidad.

Porque no hay Ayuntamiento en el lugar de Millaró de Rodiezmo, sino Concejo, Concejo abierto a la vieja usanza leonesa, que suele celebrarse cuando no hay labores apremiantes, en la escuela si llueve, o en cualquier «campa» soleada y aireada si luce el sol o simplemente si la niebla no aprieta demasiado.

En estos concejos pesa más el parecer de las hembras que el de los varones, menores en calidad y hasta en peso. Casi todas las deliberaciones se refieren al aprovechamiento de los prados y a la aportación personal de las distintas cargas concejiles: arreglo de la hoz, de los pasos y servidumbres. Después de las misas domingueras, suele abrirse el Concejo, previo tañido de la campana; dirígelo el presidente de la junta vecinal, con dos vecinos más, vocales, que forman tribunal a su lado. Y los lugareños todos, sin distinción de edad ni de sexo, aportan al Concejo su experiencia personal, que es oída y valorada en todas sus facetas.

El Concejo con sus incidencias, y los prados, y, ante todo y sobre todo, las vacas: he aquí las preocupaciones únicas y exclusivas de mi lugar. Sobre todo las vacas. Las vacas dan de comer al vecindario y son el único medio de vida de sus moradores. De ellas extraen la manteca que se vende a buen precio en los mercados de Asturias. De ellas, de las vacas, salen, purísima y tibia, la leche que les nutre; y los «jetos» que se venden por centenar y medio de pesetas apenas se les separa de la teta maternal, son otra de las rentas anuales de las vacas. Apenas si vale más de cinco duros el pasto de estos animalitos. Con los prados del lugar pueden sostenerse algo más de cien vacas. El valor de ellas oscila en estos mercados, de quinientas a seiscientas pesetas cabeza. Y como pueden figurarse que dan cuadruplicado su valor al cabo del año, el negocio resulta sencillamente enorme para el rústico, que vive de su vaca y para ella, guardándola ternurás, y celos, y cuidados, de los que se guarda muy bien de prodigar en el comercio con sus semejantes.

Estos montañeses de León, ladino, herméticos, de tantas vueltas, recovecos y zig-zag en su carácter como en sus hoces de serranía, son en realidad; un pueblo nómada, que solamente se asienta en el lugar durante los meses de calor. Con el otoño, estos lugareños marchan a las Extremaduras, de las que vuelven por los calores de San Pedro. Solamente las mujeres invernan en Millaró. Durante el invierno, la nieve suspende toda vida de relación. Las vacas, encerradas en las «tenas», consumen las forcadas que han ido almacenándose en los establos y pesebres, quedando así asegurada la producción de la manteca.

Y es curioso el escepticismo de estos ganaderos trashumantes y su desapego por todo lo que supone riqueza y bienestar. Son españoles porque han nacido en España, pero bien puede asegurarse que hasta ellos no llega ni la migaja más insignificante del Erario público. A fuerza de paciencia, de dinero y de trabajo, ellos han abierto el único sendero que comunica con Villanueva, un lugarcejo que hay entre Busdongo y Villamanín, a la vera de la carretera de Adenero a Gijón. Ellos, sin acudir al Estado, han levantado la escuela pública. Ellos, sin molestar al ordinario, consiguen que se sostenga en pie la rústica ermitilla del lugar. Y que no se les hable de nada que no sean pastos, ni vacas, ni leche, ni manteca. No comprenden, ni sienten, ni viven más que para su Concejo y para su lugar.

En estas montañas de León, de donde como sabéis, era oriundo aquel famoso cautivo de Argel, que Cervantes hace caminar por los mesones y ventorros de la Mancha, en compañía de aquella hermosísima Zoraida, enamorada de Lela Marien, la Virgen de los nazarenos y de los cristianos, en estas montañas de León, ni suena el pito del tren, ni alarma la bocina del automóvil, ni nos perturba la digestión la lectura de una nota oficiosa. Con el Concejo abierto como en el siglo XIII, como en plena Edad Media, toda la vida es enteramente medioeval. ¡Gracias, tal vez, a las vacas!

JOSE SANCHEZ ROJAS

(Prohibida la reproducción.)

Casa de la Democracia

— t —

Para las colonias escolares

Donativos recibidos con destino a esta colonia.

Ruben Cutanda, 25 pesetas; Delia Cutanda, 25; José Hospital, 25; José Gil, 10; Vicente Alegre, 7.

Total, 92 pesetas.

¡UREOXIL!
aclara la orina

RESTAURANT TERMAS VICTORIA
(FRENTE AL MAR)
¿Ha visto usted el establecimiento después de las grandes reformas introducidas? La cocina más moderna de Valencia. Comedor capaz para 500 comensales. Departamentos independientes individuales y para familias; cubiertos de 5'50, 6'50 y 8 pesetas. Abonos para la temporada de verano, diez almuerzos o diez comidas, cincuenta pesetas
Parada tranvías y autos. Teléfono 141, Grao.

Valores espirituales de Valencia

DE CUARTA PLANA Y DE PRIMERA PLANA

El tema es amplio, sugerente, cálido. ¿Se nos permitirá insistir un poco todavía?

Así como hay unos periódicos en donde todo en ellos es «cuarta plana», existen también otros en que, por el contrario, todo es «primera plana» allí.

Los periódicos de «cuarta plana» son la fisiología, la prosa, la sensación orgánica del hambre en los estómagos. En ellos no se ve más extensión que la que les permite el tubo digestivo. Ya no quedan posibles horizontes. Sus protestas, sus gritos se afirman siempre en una realidad inmediata y nauseabunda. Toda su trayectoría ideológica está contenida en el espacio que media entre el anuncio de una tienda de embutidos y el del bicarbonato o la magnesia bisurada. En este pequeño hueco se esconden las ideas del periódico de «cuarta plana». En realidad, la publicación de «cuarta plana» no tiene una mayor necesidad de ideas; más bien le estorban éstas. Pero hay que presentarse con decoro en público o, cuando menos, ante la Prensa de más allá de la frontera provincial.

Para aprovisionarse de ideas el diario de «cuarta plana» recurre al colaborador. La Redacción, generalmente, se ocupa en otros ineludibles menesteres. Cuenta Soiza Reilly—en metáfora, desde luego—, y refiriéndose a ciertas publicaciones suramericanas, que las direcciones de éstas distribuyen y asignan las secciones de un modo que aunque pintoresco encierra un fondo cruel y recusable. Al doctor en Medicina, por ejemplo, que llevara allí sus primeros ensayos de investigación científica, se le destaca en «reporter» de futbol, al filósofo o al sociólogo en corredor de «avisos comerciales» y al poeta eminente, lírico esclarecido, se le echa a lavar las escaleras. Con tán estimable organización se les da su esplendor a los periódicos y nadie puede sobrepasar en talento a los directores, aparte de que con el sistema, ninguno de los redactores tendrá derecho a exigir una retribución en armonía con sus legítimas actividades intelectuales.

Para el diario de «cuarta plana» el colaborador es, a su vez, una cosa simplemente accesoria. No se mide, en la generalidad de los casos, por su valer; se le tasa por la utilidad que pueda aportar en bien de la prosperidad material del periódico. Toda simpatía, toda estimación, todo afecto se traduce allí en anotar el nombre sobre un libro rayado. El colaborador es, pues, un término de orden administrativo en el historial del diario de la «cuarta plana». Vive humillado. Más que de sembrar, su misión es la de acomodar ideas en los callejones que ceden los anuncios. Hay, por tanto, que estrechar, recortar, planchar las ideas para que éstas encajen sin posibles quebrantos para el espíritu del anuncio de a un lado y a otro lado del artículo. Imposible extenderse y divagar... Soñar.:: En los periódicos de «cuarta plana», el único que sueña es el anuncio. El pobre colaborador ha de marchar eternamente custodiado por el aviso comercial.

Como el director no tiene ideas, necesita adquirirlas, comprarlas de algún modo. Es cuando atiende al colaborador. Este viene a ser para aquél a modo de un viajante de comercio. El colaborador llega con su baúl, su estuche o su maleta a ofrecer sus artículos y ha de poner, necesariamente, el muestrario de sus ideas sobre la mesa del director. Este, desprecia primero, regatea después y escoge más tarde. Casi siempre prefiere la quincalla, la bisutería barata de las ideas; lo más vibrante, el sonajero.

Y el escritor de nervio, el hombre cuya cultura y cuyo espíritu no cultivara nunca la servidumbre y los malabarismos pirotécnicos de los elegantes Fantomas de la Literatura, ha de adaptarse resignadamente al molde espiritual de aquel periódico, forzado por el imperativo inaplazable de esa materialidad que tan gratamente se olvidó en el sueño...

Samblancat, por ejemplo, a quien pomposamente se denominó una época «el cachorro de Graus», se nos aparece actualmente en «El Mercantil», embutiendo sus garras en sendos guantes de algodón en rama. Porque «El Mercantil» no es precisamente «Los Miserables».

«Los Miserables» fué el diario de primera plana. Su formato editorial era chiquito, su información modesta, acaso un poco deficiente, pero su formación ideológica, su contenido era el sustento espiritual de quienes lo leyeran. Su primera plana era todo el diario para el alma. Desde su título, en grandes y robustas letras anchas, fuertes, inamovibles como las afirmaciones del Genio que las inspiró con su novela, hasta el pie de imprenta, todo era substancioso allí. Sus redactores no eran muchos: Pintado, Samblancat, Luis Capdevila, Mateo Santos, Santos Muñoz... Y no obstante el reducido número de éstos, rara vez se contara por entero. Siempre había en la cárcel uno de ellos, cuando no casi todos.

Samblancat era allí Samblancat. Es decir, no el Samblancat de «El Mercantil», de ahora. Desde «Los Miserables» fulminaba con el fuerte lirismo que bebió en Víctor Hugo. En aquel diminuto periódico surgieron los mejores artículos de su agitada vida de escritor de combate. En la hoja volandera de «Los Miserables», fulguró aquel su «Requeté-brutos», digno de haber sido esculpido en las piedras de las viejas ciudades liberales de España. Las prosas de Samblancat obraban el milagro de hacer de cada corazón un tórax. Se endurecía el músculo y se ensanchaba el cráneo hasta estallar igual que una granada. Cada hombre sentíase un atleta vencedor de la Vida.

En «Los Miserables» nació también Luis Capdevila. Capdevila tenía allí un gesto displicente para todas las cosas, «contra esto y aquello». Había en él un «spleen» penetrante, un poco así a lo Baudelaire. Por entre el rictus profundo de sus carnosos labios sensuales parecían bajar hasta la pluma las frases más sarcásticas contra una burguesía bestializada por los siete pecados capitales. Capdevila constituía el reverso, la antítesis literaria de Samblancat. Este era la Naturaleza ámplia, primitiva, salvática; el otro el cansancio, la restricción, la época. En el fondo latía en ambos la misma inquietud por un mismo ideal de redención. Samblancat fué la fuerza, el ímpetu; Capdevila la crítica. En esta alternativa del espíritu se forjaba a diario aquella hoja.

Y aconteció lo de siempre. De un lado, pequeñas incidencias de carácter político y de otro, la penuria económica, llevada cada vez con mayor intensidad en proporción directa con aquellas abiertas rebeldías. Porque no siempre vienen las excomuniones del lado de la Iglesia. También nosotros, republicanos, hemos tenido la debilidad de creernos en algunos momentos investidos de una dignidad casi pontificia para condenar hoscamente ciertas veneidades en tanto que poníamos nuestra indulgente liberalidad al servicio de esos nuevos piratas que señalara Azzati en su reciente «Plática».

«Los Miserables» no contaban con anuncios. Su primera página estaba llena de aristas para los comerciantes. Sólo unos pocos industriales acaso más románticos, más soñadores que hombres de negocios, anunciaban allá modestamente. Y, claro está, el lector, el lector de aquel diario revolucionario, no les tomaba en serio. Más que supuestos adversarios, veía en cada uno de ellos un correligionario, un compañero, cuando no un hermano.

Aquéllo acabó mal. Tuvo un final dramático, sombrío: Santos Muñoz, tal vez el más desvalido de los redactores, murió un día en la cárcel. Su agonía debiera ser cruenta. Nos parece recordar que alguien denunciara la sospecha de que otros, interesados cristianamente por la salvación perpetua del alma de aquel pobre muchacho, tuvieran un gesto de piedad infinita trincando en las muñecas del moribundo irreductible la dulce imagen del otro Redentor crucificado...

En Valencia—séanos tolerado insistir nuevamente—no existe más que un diario de «primera plana»: EL PUEBLO. EL PUEBLO, es todas las mañanas para nosotros como una ancha sonrisa cordial, como un saludo de camaradería. Todo nos es acogedor allí. «Penetramos» en su primera página igual que en un vasto zaguán familiar. Todo nos es fraterno. Hay efusión, cariño; sol. Hay una fuerte juventud de alas que empuja hasta lo alto nuestro espíritu desalentado un poco alguna vez... Pero ¿es que estamos «todos»? Sí, sí; no cabe duda de que estamos «todos». Los otros, querido Azzati, los otros que fueron a llevarse algo de EL PUEBLO sólo pudieron sustraer lo fácil, aquello que se alcanza con las manos: la utilidad, el provecho, el bienestar del cuerpo. ¿Pero qué saben ellos de esa cosa que alienta fuertemente en el pecho y abrasa nuestra frente?

Estamos «todos», sí. ¿A qué dudarlo, entonces? Ellos, los que pasaron, los que más que un camino vieron el ideal como un recodo, nunca le comprendieron. Incurrieron en una deleznable tergiversación de sentimientos. En el fondo, sólo debió alentar en ellos un poco de sectarismo, de hambre, de cobardía también. Se adhirieron, se apelotonaron. Interpretaron la idea de República, no más como recurso defensivo. No había para ellos un principio, una doctrina. Formaron la rueda, esa rueda que se dice que forman los caballos cuando se acerca el lobo. Y para ellos, eran tantos los lobos que se acercaban de una sola vez...

Se dispersaron. Hay que dejarles. ¿Qué pueden ya importar ni en el recuerdo? Hay que tender a la depuración; dejar que vaya al fondo todo lo que pesara, todo cuanto tenía que arrastrarse en la marcha. Era preciso que se disgregasen para dejar flotar el ideal.

En Valencia, en la vida espiritual de Valencia, el único diario que ha emergido es EL PUEBLO. En EL PUEBLO latió constantemente una inquietud joven, modernamente ciudadana. Una animada juventud valenciana, una juventud que no creía en Lo Rat Penat ni escribiera «teatro valenciano», hizo de las páginas de este periódico una tribuna universitaria. En sus prosas había como un anhelo ardiente de iluminar al pueblo. Cuanto en otras publicaciones adquiere un matiz de insulsez, de obscuridad, de crasa pedantería, alcanza en las columnas de EL PUEBLO todo un valor de vibración. ¿Es siempre el prestigio, la autoridad, la ideología del escritor lo que da esa sonoridad, ese relieve? Es de creer que no. Es la historia; el ayer y el ambiente actual fundidos en unidad armónica. Porque EL PUEBLO es ésto: pueblo; suprema aristocracia del trabajo, del bien y del esfuerzo. Clara, elevada y lírica realidad que acaso se empeñaron en no ver aquellos que cruzan a diario esos desiertos espirituales de prosa mercantil para buscar un escondido oasis en donde descansar la fatiga del alma. No saben ellos que allí les cobrarán hasta la sombra.

He aquí, pues de cómo una publicación sin cronistas de salones, sin erudición ni amenidades que trasciendan a taco de almanaque, puede constituir el sustento espiritual del nuevo ciudadano.

Para alcanzar ese prestigio ético no son rigurosamente necesarias esas grandes extensiones de papel impreso. La linotip no es «todo» todavía, no puede hacerlo todo. Las ideas no salen de la linotip si alguien, previamente, no las hubiese derramado en ella. Es como el espejo. El espejo no es nada si no tiene ante sí una imagen, un cuerpo que copiar. Sólo que la linotip es el espejo de las cosas de adentro de los hombres. Cuando estos adentros no tienen más que vísceras, la linotip les copiará las vísceras. La linotip es, específicamente, la radiografía moral del individuo que escribe...

Por otra parte, al periódico de «cuarta plana» no parece estremecerle un anhelo infinito de volar. El peso del papel lo impediría. Esto debieran comprenderlo sus lectores.

También en Valencia hay periódicos de «cuarta plana». «El Mercantil» es «nuestro» primer diario en este orden. En realidad, no es para que nos sintamos demasiado orgullosos. Pero a «El Mercantil» esto le tiene perfectamente sin cuidado. «Les affaires sont les affaires», como se le dijera desde aquí. La aspiración de «El Mercantil» es de que llegue un día en que las palabras se hayan de escribir por medio de guarismos. Pero con esto, los anuncios y las hilarantes amenidades de «Fidelio», «El Mercantil» no sería totalmente feliz. Su ideal es, tal vez culminar en algo así como «La Vanguardia» barcelonesa; ser túmulo rulante en donde presentar vacente cada día la doliente carroña de una Valencia amorfa, sin espíritu...

...Y pasarnos más tarde la factura...

CLAUDIO LANTIER

ECOS

Animales putrefactos en la playa.

Hemos de ocuparnos también este año del espectáculo poco recomendable que ofrece la playa, especialmente en el trayecto comprendido entre Las Arenas y la Malvarrosa.

En este punto, que es el más concurrido por el elemento popular, por ser tan bello y sugerente, destaca la fea nota que supone la presencia de animales muertos y en descomposición, sin que nadie se preocupe de hacerlos desaparecer.

Antiguamente—y por tal entendemos tres o cuatro años atrás—, tenía el Ayuntamiento un interés especialísimo en que se vieran las playas libres de tales visiones y al efecto, se designaba durante el verano a un par de peones de las brigadas municipales con el exclusivo y hasta casi piadoso objeto de enterrar a cuantos animales muertos hallasen.

A ruegos de muchos valencianos que frecuentan aquellos parajes, nos dirigimos a la Alcaldía, para que con la urgencia que el caso requiere se ponga nuevamente en práctica dicha medida higiénica.

El Alcalde accidental y el puente de Nazaret

Por encontrarse ausente el Alcalde propietario señor márqués de Sotelo, ayer mañana estuvo en el despacho oficial el primer teniente de alcalde, señor Fernández de Córdova, firmando los asuntos de trámite.

Por tener que hacer algunas reparaciones en el puente denominado de Nazaret, quedará interrumpida la circulación de carretería durante el día de mañana.

¡Bajo la metralla!

Nuevamente aparece el terrible drama de la guerra ante nuestros ojos. La gran pasión humana, «El amor», aparece entre bayonetas y cañones, humo y fango, dolor y muerte, dejando en el alma la penosa impresión de la terrible tragedia pasada, que sólo se comprende con el gran premio de la victoria y del triunfo que salvaron la patria a costa de gran precio.

Un romance de amor lleno de heroísmo y ternura, que combinado con la visión de la muerte, deja en el alma la impresión de una obscura ave de rapiña con una blanca mariposa en sus alas...:

SELECCION GAUMONT DIAMANTE AZUL

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012